



AVISO LEGAL

Artículo: La Revolución Cubana en dos publicaciones universitarias a medio siglo de la Revolución Mexicana

Autor: Salazar Rebolledo, Juan Alberto

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año XXXIX, núm. 191 (enero-marzo 2025), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Salazar, J. A. (2025). La Revolución Cubana en dos publicaciones universitarias a medio siglo de la Revolución Mexicana. *Cuadernos Americanos*, 1(191), 71-99. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2025 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La Revolución Cubana en dos publicaciones universitarias a medio siglo de la Revolución Mexicana

Por *Juan Alberto SALAZAR REBOLLEDO**

Introducción

EL INICIO DEL SEGUNDO AÑO de gobierno revolucionario en Cuba tuvo como signo la consolidación en el poder del grupo más radical, aquél integrado por el Movimiento 26 de Julio y cercano a los viejos cuadros del Partido Socialista Popular. Dicha configuración llevó a que 1960, llamado “año de la Reforma Agraria” por el gobierno cubano, fuera también “el punto de arranque de la radicalización comunista”.¹

Las tensiones entre los revolucionarios y gobiernos como el estadounidense se recrudecieron en este periodo. Por un lado, se fortalecieron los vínculos con la Unión Soviética, como quedó claro con la visita a Cuba, en febrero, de Anastas Mikoyan, vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que derivó en un “jugoso convenio de ‘intercambio comercial y pagos’”.² Por el otro, se dio continuidad a la Reforma Agraria iniciada el año previo a la nacionalización de propiedades extranjeras y a la Ley de Reforma Urbana —que repartió viviendas entre los sectores marginados de la población— mostrando los ánimos redistributivos del gobierno revolucionario.

En agosto del mismo año se llevó a cabo, en San José de Costa Rica, la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA). En ella Estados Unidos promovió una declaración para condenar “la intervención de potencias extracontinentales en los asuntos de las repúblicas americanas”, en un intento por frenar

* Doctorando en Historia; miembro del Colegio Internacional de Graduados “Temporalidades del futuro”, Lateinamerika-Institut, Freie Universität Berlin, Alemania; e-mail: <j.s.rebolledo33@gmail.com>; <juan.salazar.rebolledo@fu-berlin.de>.

¹ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015, p. 110.

² *Ibid.*, p. 114.

la radicalización de la Revolución Cubana al acusarla de ser una maniobra soviética en el continente. Con excepción de México, ese pronunciamiento fue apoyado por todos los países miembros del organismo. La respuesta soviética fue enviar a Cuba cuarenta mil toneladas de material militar para las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).³

Si la ofensiva política contra la Revolución Cubana, comandada principalmente por Estados Unidos, se hizo cada vez más agresiva, en la misma medida la vertiente mediática de esta campaña adquirió un tono afín al anticomunismo macartista y de ahí fue difundido, no sin cierta dosis de paranoia, al resto de América Latina.⁴ Para contrarrestarlo, desde su llegada al poder el gobierno revolucionario tomó diversas medidas. Por ejemplo, la Operación Verdad, a principios de 1959, con la que Fidel Castro convocó a más de trescientos periodistas de varios países para entrevistarse con ellos en Cuba y, de paso, tratar de ganar sus afectos y simpatías. Este tipo de acciones vincularon estrechamente a personajes del mundo intelectual y artístico, especialmente latinoamericano, con la Isla. La conjunción de curiosidad, simpatía por el proceso y facilidad para aproximarse a él, generó una plataforma de validación y legitimidad entre dichos sectores.

En México, la ilusión, el entusiasmo y la proyección hacia el futuro inspirados por el triunfo de la Revolución Cubana había generado entre la plataforma intelectual de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que se expresaba a través de la revista *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, dieron pie en 1960 a una mirada menos centrada en la celebración

³ Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018, p. 97.

⁴ El “macartismo” vigente en Estados Unidos desde, por lo menos, los años cincuenta, llevó a cabo una feroz persecución en contra de todas aquellas personas sospechosas de tener algún tipo de simpatía por ideas más o menos progresistas o bien por militar en el comunismo. Desde luego, algunos de los sectores más afectados por esta “cacería de brujas” —como la llamaron— fueron los intelectuales y los artistas. En Estados Unidos, el cine fue un foco de especial atención para el Comité de Actividades Antiestadounidenses, promovido por el senador Joseph McCarthy: acusaciones sin fundamento, interrogatorios, procesos judiciales y listas negras caracterizaron esta etapa de intolerancia, cf. Román Gubern, *La caza de brujas en Hollywood*, Barcelona, Anagrama, 1987 (Col. *Crónicas*, núm. 6).

de la utopía y más aterrizada en la defensa puntual y concreta del proceso revolucionario ante la amenaza intervencionista de Estados Unidos, que finalmente sucedió en 1961.⁵

En los textos publicados en ambas revistas puede observarse la defensa de la Revolución Cubana desde la tribuna intelectual universitaria, principalmente a partir de tres ejes. El primero fue apuntar claramente qué era aquello que amenazaba a la Isla: principalmente el intervencionismo, el imperialismo y lo que consideraban “infundios” derivados del anticomunismo.

El segundo eje contempló los argumentos para su defensa: referencias históricas que justificaban la adhesión (José Martí y la Revolución Mexicana, principalmente), el antiimperialismo derivado del latinoamericanismo, lo vanguardista de medidas como la Reforma Agraria y, sobre todo, a estas alturas, la demostración de que no se trataba de una revolución socialista o comunista, sino nacionalista, lo que la emparentaba con la mexicana. A la par de la UNAM, la diplomacia mexicana actuaba también desde las esferas gubernamentales, dada la invitación que extendieron al entonces presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, para venir a México.

El tercer eje, finalmente, postulaba los mecanismos con los que habría que defender a la Revolución Cubana: uno de los más importantes fue el compromiso intelectual, que implicaba, por ejemplo, viajar a la Isla para hablar como testigo.⁶ En este artículo busco responder a las preguntas surgidas a partir de estos tres ejes: de qué, por qué y con qué argumentos el grupo de intelectuales que publicaba en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* defendían a la Revolución Cubana.

⁵ Consúltese Juan Alberto Salazar Rebolledo, “Presente y pretérito: la crítica antiimperialista de la Revolución Mexicana desde la mirada iberoamericana de *Cuadernos Americanos* en torno del triunfo de la Revolución Cubana en 1959”, *Encartes. Revista Digital Multimedia* (Guadalajara, Jalisco, CIESAS/Colef/Colsan/ITESO), vol. 6, núm. 11 (22 de marzo de 2023).

⁶ Como se aborda con detalle en Juan Alberto Salazar Rebolledo, “La Habana del escritor: Jaime García Terrés y la representación del compromiso intelectual en torno al triunfo de la Revolución Cubana en 1959”, *Cuban Studies* (University of Pittsburgh Press), núm. 52 (2023), pp. 347-369.

1. *El anticomunismo como “malentendido”*

EL siglo xx mexicano estuvo caracterizado por las constantes tensiones entre el régimen posrevolucionario y las derechas asociadas al conservadurismo, el catolicismo, la defensa de la propiedad privada y la sociedad jerárquica, así como opuestas al nacionalismo y al comunismo. En distintos momentos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, el gobierno permitió a distintos grupos de derecha ocupar espacios que previamente les había cerrado, pues, como María del Carmen Collado Herrera señala, “el anticomunismo mexicano no nació a partir de la Guerra Fría, sino con la Constitución de 1917”.⁷

En general, siguiendo a Collado Herrera el anticomunismo podría dividirse en dos etapas. La primera, entre 1917 y mediados del siglo xx, caracterizada por la oposición a las reformas contenidas en la Constitución de 1917. En este caso, las derechas, azuzadas por la Iglesia católica a través de organizaciones como los Caballeros de Colón y la Unión Nacional de Padres de Familia, anatematizaron la intervención del Estado en la economía, las modificaciones a las formas de propiedad, el anticlericalismo y la defensa del Estado laico. La segunda, de 1959 a 1989, estuvo claramente asociada al temor de que se replicara en México un proceso como la Revolución Cubana. Así, al grito de “¡Cristianismo sí, comunismo no!”, las derechas se opusieron a la creación de los libros de texto gratuitos y las regulaciones estatales y promovieron grupos de choque, como el Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO), principalmente en instituciones de educación superior públicas como la UNAM, donde el MURO operó apuntalado por diversos sectores de la propia institución, con particular fuerza en los años sesenta y setenta.

El anticomunismo, desde luego, no fue un fenómeno únicamente mexicano, y en 1960 se exacerbó la disputa entre la denuncia de la radicalización de la Revolución Cubana en el discurso público estadounidense y latinoamericano y su respectiva defensa en espacios intelectuales como *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la*

⁷ María del Carmen Collado Herrera, coord., *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015, p. 31.

Universidad de México. Quienes acusaban excesos en las políticas revolucionarias cubanas proclamaban el peligro de las tendencias comunistas. Por su parte, los intelectuales simpatizantes del proceso en la Isla argumentaban que las acusaciones de los detractores provenían de la paranoia “anticomunista” de aquéllos.

En el primer número de *Cuadernos Americanos* de 1960, el filósofo Leopoldo Zea (1912-2004) abrió la publicación con un texto que buscaba situar el discurso anticomunista estadounidense en el marco de un prolongado intervencionismo en América Latina, trazando una larga línea desde el siglo XIX a partir de la Doctrina Monroe hasta ese momento: “podríamos decir que la Guerra Fría, contra el despotismo europeo en el pasado y contra el comunismo en el presente, han sido siempre buenas banderas para justificar la intervención norteamericana en Latinoamérica”.⁸

Además de extender el periodo convencionalmente asignado a la Guerra Fría hasta poco más de un siglo antes del final de la Segunda Guerra Mundial, Zea acudía al ejemplo de la Revolución Mexicana para enfatizar la poca fiabilidad de las acusaciones anticomunistas: “La Revolución Mexicana fue, ya abiertamente, presentada como una revolución comunista, pese a que ahora un embajador norteamericano la presenta como un modelo a seguir frente a revoluciones similares que ahora resultan ser, también, comunistas”.⁹ Si bien en 1959 la relación entre las revoluciones mexicana y cubana fue establecida por los intelectuales mexicanos como una vía para reactivar el letargo de la primera, Zea lo utilizaba ahora para confrontar comunismo y anticomunismo, igual que lo hizo Jesús Silva Herzog (1893-1985) en su texto “¿Comunismo o democracia social?, esquema para un libro” aparecido en el mismo número.¹⁰ Tras hacer una revisión histórica de lo que llamó “comunismo” con distintas variantes —de Platón a la Unión Soviética—, Silva Herzog apuntaba en dicho artículo una conclusión cercana a lo planteado por Zea sobre “[el] hecho elemental, elementalísimo, de que la discrepancia, el desacuerdo, la inconformidad con

⁸ Leopoldo Zea, “Latinoamérica y la Guerra Fría”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 1 (enero-febrero de 1960), pp. 7-17, p. 9.

⁹ *Ibid.*, p. 11.

¹⁰ Jesús Silva Herzog, “¿Comunismo o democracia social?, esquema para un libro”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 1 (enero-febrero de 1960), pp. 18-52.

la organización económica, social y política dada, no implica ser comunista”.¹¹ Este argumento fue utilizado por distintos autores a lo largo de 1960 para defender a la Revolución Cubana aduciendo que las medidas cada vez más radicales tomadas por el gobierno de la Isla eran a lo mucho reformas de corte nacionalista. Se acusaba así una campaña de desprestigio basada en una serie de “malentendidos” por parte del paranoico anticomunismo estadounidense, incapaz de distinguir al verdadero comunismo.

2. La visita de Osvaldo Dorticós a México

DESDE el gobierno mexicano también hubo algunas manifestaciones de solidaridad y apoyo a la Revolución Cubana, al menos en el plano discursivo, pues el régimen priista sacaba buen provecho de emparentar la Revolución Mexicana, de la que se decía heredero, con aquélla, a la vez que mantenía bajo la vigilancia de los órganos de inteligencia a quienes manifestaban sus simpatías por el proceso en la Isla. En junio de 1960 el presidente cubano Osvaldo Dorticós acudió a la invitación que el gobierno mexicano le había hecho para visitar el país, tal vez como un mecanismo para apuntalar esa “apariencia”.¹² Al aeropuerto fue a recibirlo el presidente Adolfo López Mateos.

En el cuarto número del año, *Cuadernos Americanos* publicó como primer artículo el discurso de bienvenida de López Mateos a Dorticós con la nota a pie: “publicamos para conocimiento de nuestros lectores fuera de México”¹³ y enseguida la respuesta de éste, y una serie de imágenes de la visita del mandatario a México. De entrada era ya inusual que esta revista, enfocada en la discusión intelectual de personajes vinculados al mundo literario, universitario o artístico, publicara un texto del presidente mexicano. Así que es interesante tratar de entender la función que cumplió *Cuadernos Americanos* en torno a la Revolución Cubana, que ha ocupado un lugar tan central en sus reflexiones.

¹¹ *Ibid.*, pp. 40-41.

¹² Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015, p. 85.

¹³ Adolfo López Mateos, “México y Cuba”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 4 (julio-agosto de 1960), pp. 9-10, p. 9.

En primer lugar, la nota a pie, relativa a quién se dirigía el texto, era elocuente de la proyección que buscaban dar tanto al discurso de López Mateos como a la propia revista. La distribución internacional tuvo algunos vaivenes, pero fue siempre una consigna acorde con el propio nombre *Americanos* de la publicación. La frase “para conocimiento de nuestros lectores fuera de México” también enfatizaba el hecho de que en el país probablemente los seguidores de *Cuadernos* habrían estado atentos —incluso presentes— a los distintos eventos en torno a la visita de Dorticós, lo cual hablaba de una expectativa de los editores sobre sus lectores. Finalmente, el hecho de que el propio López Mateos pronunciara públicamente el apoyo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la Revolución Cubana podría haber servido como un argumento de validación frente al anticomunismo de los detractores de las simpatías de la revista por el proceso en la Isla.

El discurso de López Mateos destacó algunos puntos frecuentes en la discusión sobre la defensa de la Revolución Cubana, tratados ampliamente por los diversos colaboradores de *Cuadernos Americanos*. Uno de ellos era la denuncia del intervencionismo estadounidense, aunque no lo hiciera explícito: “este pueblo nuestro cree apasionadamente en la igualdad jurídica de los Estados y en el principio de la no intervención en los asuntos internos de los demás” y lo dirigía puntualmente al decir que “México, respetuoso de la autodeterminación de cada pueblo, está atento a Cuba y la comprende con fraternal interés”.¹⁴ Y más adelante aprovechaba la oportunidad para validar su gobierno a través de las supuestas similitudes entre ambos procesos revolucionarios: “Nosotros que hemos recorrido etapas semejantes, comprendemos y valorizamos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo”, e incluso planteaba a una como guía y referente de la otra al afirmar “confiamos en que la Revolución Cubana sea, como lo ha sido la Revolución Mexicana, un paso más hacia la grandeza de América”.¹⁵ Por supuesto, esto último iba a contracorriente de los análisis intelectuales que planteaban en sentido opuesto la inspiración, pues era el proceso en la Isla el que guiaría y reavivaría,

¹⁴ *Ibid.*, p. 10.

¹⁵ *Ibid.*

desde su radicalidad, a la estancada Revolución Mexicana, y no al revés, como pretendía el presidente mexicano.

Dorticós matizaba un poco la categórica afirmación del presidente López Mateos y colocaba a ambos procesos casi a la misma altura, sin dejar de destacar la distancia temporal que mediaba entre ellos: “sabemos también, que el pueblo mexicano está cotidianamente atento al proceso de radicales y justas transformaciones por el que transita hoy la patria de José Martí, cuya Revolución es, por la profundidad de su calado y por sus vastas proyecciones americanas, hermana de la que amaneció en México en 1910”.¹⁶

Tras la ceremonia oficial con López Mateos, en un correspondiente acto de diplomacia cultural, en el Fondo de Cultura Económica (FCE) (imágenes 1 y 2) el presidente cubano se reunió con algunos círculos intelectuales que apoyaban cercanamente a la Revolución Cubana. En las imágenes con Dorticós aparecen, por ejemplo, el director del FCE, Arnaldo Orfila y el embajador mexicano en Cuba, Gilberto Bosques. El embajador cubano en México, José Antonio Portuondo, también participó en dicho acto, pues hay que recordar que, desde su posición, él fue una de las piezas clave para la vinculación entre mexicanos y cubanos. Portuondo personalmente invitó a varios intelectuales a visitar la Isla o incluso a colaborar ahí, encargándose de las gestiones necesarias desde la embajada.

En las imágenes del acto de diplomacia cultural de Dorticós también aparece Jorge Carrión, un periodista entusiasta de la Revolución Cubana que apenas unos meses después del triunfo fundó la revista *Política*. Esa publicación se desplegó como un dispositivo de apoyo y defensa en torno al proceso en la Isla, por momentos rayana en la propaganda, incluso con ciertas pistas que conducen a elucubrar que era respaldada financieramente por la embajada a cargo de Portuondo.¹⁷

Es especialmente interesante la presencia del director de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, pues en la primera de las imágenes aquí presentadas aparece justo en medio de Dorticós y su

¹⁶ Osvaldo Dorticós Torrado, “Cuba y México”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 4 (julio-agosto de 1960), pp. 11-12, p. 11.

¹⁷ Juan Rafael Reynaga Mejía, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, UNAM/UAEM, 2007.

Imagen 1



En el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: Raúl Roa, Ministro de Relaciones de Cuba; Jesús Silva Herzog, Director de "Cuadernos Americanos"; el Presidente Dorticós y Gilberto Bosques, Embajador de México en Cuba.

Imagen 2



También en el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: el Embajador Portuondo, Dorticós, el periodista Jorge Carrión y Arnaldo Orfila Reynal, Director de la Institución.

Visita de Osvaldo Dorticós al Fondo de Cultura Económica.
Fuente: *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 4 (julio-agosto de 1960), s.p.

gran amigo Raúl Roa, en aquel momento ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. La larga amistad entre el mexicano y el cubano desembocaba ahora en una imagen que condensaba las expectativas epistolares de liberación y reencuentro de ambos durante la represiva dictadura (1952-1958) de Fulgencio Batista, por un lado. Por el otro, evidenciaba que detrás de los pronunciamientos políticos de apoyo a la Revolución Cubana había también fuertes relaciones personales que apuntalaron la defensa de este proceso en la mayor de las Antillas.

Otro de los grupos sociales en México que declaradamente apoyó a la Revolución Cubana fue el de los estudiantes, principalmente los del Instituto Politécnico Nacional y los de la UNAM. Y dado que *Cuadernos Americanos* tenía en común con estos últimos la plataforma desde la cual elaboraban y presentaban sus discursos, se incluyó una imagen del recibimiento popular-estudiantil a Dorticós. Una gran cantidad de pancartas con frases como “¡Viva Cuba!” denotaban el entusiasmo de los jóvenes al recibir a miembros del gobierno revolucionario cubano (imagen 3). En algunos carteles también anunciaban los planteles de los que venían, como el caso de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM), lo cual enfatizaba que los productos culturales de apoyo al proceso en la Isla tenían público y soporte entre la comunidad universitaria.

Más adelante aparecía una referencia visual a la reunión que el rector Nabor Carrillo sostuvo con Dorticós, en el Auditorio de la Facultad de Medicina (UNAM), frente a varios cientos de estudiantes universitarios que acudieron para expresar su apoyo a la Revolución Cubana (imagen 4). En dicha reunión, ocurrida el 13 de junio de 1960, Carrillo “acompañado por todos los funcionarios y directores de facultades, escuelas e institutos universitarios”¹⁸ pronunció un discurso cuidadoso y un tanto reservado, quizá debido a las acusaciones que habían comenzado a circular con respecto a una presunta “infiltración comunista” en la UNAM. Tales acusaciones eran una manifestación más del anticomunismo ya instalado en el pensamiento de los grupos mexicanos conservadores.

¹⁸ “Visita del presidente cubano”, *Gaceta de la Universidad* (México, UNAM), vol. VII, núm. 25 (20 de junio de 1960), núm. 305, pp. 1 y 5, p. 1.

Imagen 3



Los estudiantes penetran al Hotel del Prado para vitorear al Presidente de Cuba.

Manifestación popular en apoyo al presidente cubano Osvaldo Dorticós con una nutrida presencia de estudiantes universitarios. Fuente: *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 4 (julio-agosto de 1960), s.p.

El boletín emitido por la UNAM presentaba el discurso de Carrillo en los siguientes términos: “el Dr. Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba, atendiendo a las invitaciones que recibió por parte de numerosos grupos estudiantiles para que visitara la Ciudad Universitaria, estuvo la mañana de hoy en nuestra Máxima Casa de Estudios”.¹⁹ El énfasis puesto por esta comunicación oficial en los responsables de la presencia de Dorticós en la UNAM era congruente con la medida del discurso del rector. Al atribuirle a los estudiantes la iniciativa de la invitación, las autoridades podían medianamente eludir las acusaciones de “infiltración comunista” que por esos momentos comenzaban a cobrar mayor fuerza. La comitiva cubana tuvo so-

¹⁹ “Boletín de prensa 13 de junio de 1960”, Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), Dirección General de Difusión Cultural, Dirección de Información y Prensa, Boletines de Prensa, Caja 5, Exp. 14 de junio de 1960, f. 14.

Imagen 4



La visita del presidente cubano Osvaldo Dorticós a la UNAM. Fuente: *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 4 (julio-agosto de 1960), s.p.

lamente dos actos en la UNAM, la reunión de Dorticós con Carrillo y una conferencia de Raúl Roa en el Auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas. Ninguno de los anteriores fue un diálogo directo con los “numerosos grupos estudiantiles” que presuntamente habrían sido los convocantes.

El discurso de Carrillo comenzaba diciendo que la UNAM no era “sólo una casa de estudios” y destacaba “el contacto íntimo de la Universidad con las realidades del país”. Sin embargo, a lo largo de su texto no hubo mención directa a la Revolución Cubana o a alguno de los radicales procesos que acontecían en la isla caribeña. A lo que sí hizo referencia fue a la defensa frente al intervencionismo en el contexto de la Guerra Fría, la cual remitía a la famosa frase de Benito Juárez: “No basta una paz basada en el temor al

poder ajeno. Aspiramos a la paz definida por un mexicano como el respeto al derecho ajeno”.²⁰

Sobre la cautela universitaria que Carrillo manifestó, el poeta Jaime García Terrés (1924-1996), director de la *Revista de la Universidad de México*, ya había hecho algunas referencias: “todo el mundo está expuesto, en los días que corren, a ser tachado de comunista notorio y peligroso. Pero existen ciertas cautelas [...] Doy en seguida unos cuantos consejos”.²¹ Y en tono irónico apuntaba ciertos señalamientos hechos por la campaña anticomunista en contra de la UNAM: “¡Cuidado con la crítica a las instituciones! Pasen las censuras a la Universidad, culpable de albergar tantos ‘rojillos’: por lo demás sólo se admiten las críticas constructivas, es decir, carentes de importancia real”.²² Y concluía denunciando los ataques a la publicación que dirigía: “nuestra revista acaba de ser acusada de insoportable rojismo, en Italia, por un señor argentino llamado J.R. Wilcock, debido a la distraída publicación en estas páginas de un ensayo sobre el amor, de Erich Fromm”.²³

La primera confrontación de García Terrés con las críticas anticomunistas se ubicaba en el marco de la confluencia entre la diplomacia gubernamental y la cultural, que recibieron ambas a Dorticós, otorgándose así un apuntalamiento discursivo mutuo. Por ello los pronunciamientos presidenciales de apoyo a la Revolución

²⁰ “Visita del presidente cubano” [n. 18], p. 1.

²¹ Jaime García Terrés, “La feria de los días”, *Revista de la Universidad de México*, vol. XIV, núm. 9 (mayo de 1960), p. 3.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*; se refiere a la traducción que Celia Chávez hizo de un capítulo de *The art of loving* de Erich Fromm, “El amor y su desintegración en la sociedad occidental contemporánea”, *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 10 (junio de 1959), pp. 4-10, cuyas frases más “contestatarias” eran como la siguiente: “el hombre moderno se ha convertido en una mercancía; experimenta su energía vital como una inversión con la que debería obtener la máxima ganancia posible”, *ibid.*, p. 10. El texto fue publicado en un número de la revista dedicado a “El Amor”, por lo que la crítica de Wilcock —a la que desafortunadamente no tuve acceso— parece un tanto fuera de lugar. Sin embargo, lo que sí se puede decir es que da la impresión de ser el inicio de una serie de pronunciamientos defensivos en la *Revista de la Universidad de México* frente a las denuncias anticomunistas hechas en distintos espacios en contra de la UNAM —que irían subiendo de tono hasta llegar a una intensa polémica desarrollada en 1961—, como se aborda con detalle en Juan Alberto Salazar Rebolledo, “¿Es usted rojillo? El anticomunismo burocrático en la Universidad Nacional Autónoma de México contra el compromiso intelectual de la *Revista de la Universidad de México* en 1961”, *Revista de Indias* (Madrid, CSIC), vol. 84, núm. 292 (septiembre-diciembre de 2024), en prensa.

Cubana funcionaron como un escudo ante la campaña anticomunista en contra de los intelectuales universitarios.

La coincidencia de propósitos entre el gobierno y los intelectuales vinculados a las dos publicaciones aquí analizadas no implicaba dejar de lado algunos comentarios sobre la vigencia de la Revolución Mexicana, a propósito de su cincuenta aniversario ese mismo año. Al respecto es interesante decir que la *Revista de la Universidad de México* prestó un poco más de atención a esta conmemoración que *Cuadernos Americanos*. La Revolución Cubana pareció opacar considerablemente la discusión sobre el tema, pues estuvo más presente como contraste del proceso en la Isla que por sí mismo.

3. *Cincuenta años de Revolución Mexicana en Revista de la Universidad de México y Cuadernos Americanos*

EN el marco de la conmemoración del cincuenta aniversario de la Revolución Mexicana se editaron al menos cuatro libros de cierta relevancia: *La revolución social de México*, de Manuel González Ramírez; *Breve historia de la Revolución Mexicana*, de Jesús Silva Herzog; *La verdadera Revolución Mexicana*, de Alfonso Taracena, y un libro colectivo, *México. 50 años de Revolución*: “la Presidencia de la República impulsó la publicación en el Fondo de Cultura Económica de [dicha obra] en cuatro gruesos volúmenes”.²⁴ Esta última contó con la participación de sesenta y dos autores, entre los que se encontraban algunos tan diversos como Edmundo O’Gorman, Pablo González Casanova, Porfirio Muñoz Ledo, Emilio Portes Gil y Jaime Torres Bodet. Cada volumen estuvo dedicado a una temática: I. *La economía*, II. *La vida social*, III. *La política* y IV. *La cultura*. En el ámbito intelectual, éste fue uno de los mecanismos del régimen priista para reivindicarse como heredero y continuador del proceso revolucionario.

Otros intelectuales también expresaron sus perspectivas sobre el medio siglo transcurrido desde la Revolución Mexicana. Tal fue

²⁴ Guillermo Hurtado, “Historia y ontología en México: 50 años de revolución”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* (UNAM), núm. 39 (enero-junio de 2010), pp. 117-134, p. 118.

el caso de quienes colaboraban en la *Revista de la Universidad de México*. García Terrés publicó en “La feria de los días” de la edición de septiembre una reflexión sobre la abstención de México en la reunión de la OEA en Costa Rica en agosto de 1960. Ante la protesta promovida por Estados Unidos contra Cuba, García Terrés enfatizaba la doble cara del régimen priista: “por una parte, la política internacional de nuestro régimen ha querido mostrar en Costa Rica la justicia, la firmeza y la habilidad de sus mejores momentos. De otro lado, en lo interno, se prosigue rehuyendo el diálogo, endiosando la retórica, preconizando el estancamiento indefinido de las instituciones y los programas”.²⁵ La ambivalencia que García Terrés describía no era más que una introducción a su reticencia hacia los “festejos” por el medio siglo de la Revolución Mexicana, y al respecto lanzaba los siguientes interrogantes: “¿No es hora ya de que los mexicanos vayamos aprendiendo a usar la cabeza? ¿No es hora ya de ir tratando de emprender, cualesquiera que sean las ideas que se profesen, un análisis honesto de la realidad contemporánea?”.²⁶ Hasta aquí planteaba la necesidad de hacer un balance desideologizado del verdadero estado del proceso revolucionario mexicano, pero cerraba su invectiva con una pregunta orientada hacia el futuro: “¿No es hora de buscar un camino sólido, positivo y eficaz, que reemplace nuestras actuales oscilaciones y vacilaciones?”.²⁷ Así, la mirada que apuntara a modificar la situación mexicana necesariamente tendría que encontrar rutas alternativas inéditas y derroteros distintos, que quizá llevarían a observar las posibilidades de procesos afines, como la Revolución Cubana.

Llegado el mes de la conmemoración revolucionaria, noviembre, *Cuadernos Americanos* publicó, en su último número del año, sendos textos de Jesús Silva Herzog y François Chevalier. En el caso del primero, “Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917)”, se trataba de la sección introductoria de su *Breve historia de la Revolución Mexicana*; sin embargo, no contenía ninguna reflexión claramente relacionada con la conmemoración. En el caso de Chevalier, si bien se enfocaba en observar el aspecto más radical de los componentes del proceso mexicano, “Un factor

²⁵ García Terrés, “La feria de los días” [n. 21], p. 3.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

decisivo de la revolución agraria de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)”, tampoco aludía directamente a un balance del presente con perspectiva histórica, sino a un trabajo monográfico sobre el proyecto del dirigente agrarista.²⁸

Silva Herzog había publicado aquel año una de las obras por las que a la postre sería más recordado, pues se convirtió en uno de los textos canónicos sobre el tema: la mencionada *Breve historia de la Revolución Mexicana* (1960). Por lo tanto, resulta pertinente remarcar que, en el número de noviembre de la *Revista de la Universidad de México*, el economista también publicó un fragmento de su obra bajo el título homónimo de “Breve historia de la Revolución Mexicana”. Aquí abordaba los años previos (1908-1910) al fragmento que publicó en *Cuadernos Americanos*, acompañado de ilustraciones y titulares de periódicos de la época.²⁹

Una aproximación más enfocada en el balance del presente fue la que presentó Enrique González Pedrero en su texto “50 años después”. En él hacía una invitación a la izquierda mexicana: “Un análisis concreto de la actitud contemporánea de izquierda debe partir del proceso social iniciado en 1910 cuando adquirió, como posición política, un sentido moderno”.³⁰ Se refería al estancamiento del proceso en los siguientes términos: “Influyó tanto el pasado que a pesar de la fuerza renovadora de lo revolucionario, la inercia le restó progresivamente velocidad hasta casi nulificarlo, hasta asimilárselo”.³¹ González Pedrero afirmaba que el mayor de los vicios del proceso revolucionario era su proceder “desde arriba”, es decir, el centralismo político, que imposibilitaba la comunicación con “los de abajo” y obstaculizaba defender sus intereses.

Después de señalar los años 1958 y 1959, como un eje marcado “por dos acontecimientos políticos capitales: la lucha que los obreros comenzaron a librar a favor de su independencia sindical

²⁸ Jesús Silva Herzog, “Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917)”; y François Chevalier, “Un factor decisivo de la revolución agraria de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1960), pp. 135-164 y pp. 165-187, respectivamente.

²⁹ Jesús Silva Herzog, “Breve historia de la Revolución Mexicana”, *Revista de la Universidad de México*, vol. xv, núm. 3 (noviembre de 1960), pp. 11-20.

³⁰ Enrique González Pedrero, “50 años después”, *Revista de la Universidad de México*, vol. xv, núm. 3 (noviembre de 1960), pp. 3-10, p. 4.

³¹ *Ibid.*, p. 5.

y el triunfo de la Revolución Cubana”, González Pedrero afirmaba categórico: “Hemos visto cómo la Revolución Mexicana utilizó un método que ha comenzado a revelarse incapaz para resolver los problemas de nuestra época” y llamaba a solucionar las siguientes demandas para “actualizar la Revolución Mexicana, llenarla del contenido contemporáneo que le falta, darle nuevos alientos y vigorizarla para la lucha que tendrá que librar en un futuro que es ya casi presente”: democracia agraria, económica, sindical y política. Sólo así, la Revolución Mexicana sería capaz de trascender hacia el futuro, haciéndose responsable del papel “histórico” que le correspondía.³²

Si bien estas evaluaciones a cincuenta años del acontecimiento no siempre apuntaban explícitamente a la Revolución Cubana como guía, los balances sí tomaban como esquema analítico el proceso de radicalización de la Isla. El futuro posible para el fenómeno mexicano dependía de retomar y ahondar los procesos de transformación que habían quedado un tanto suspendidos o estancados con el paso de los años. El referente de las reformas cubanas era ineludible para los autores vinculados a la plataforma universitaria de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*.

4. Más viajeros en La Habana

ENTRE los exiliados españoles que llegaron a México se ha señalado ampliamente la importancia de aquellos vinculados con Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog, entre otros, que se unieron a proyectos intelectuales y académicos, como La Casa de España en México, el FCE o *Cuadernos Americanos*. Sin embargo, para finales de los años cincuenta había un pequeño grupo que consideraba que aún había algunos temas y asignaciones pendientes, por lo que se asociaron para formar una nueva editorial, enfocada principalmente en textos políticos. El 5 de agosto de 1960 en las instalaciones de Imprenta Madero, ubicada en Aniceto Ortega número 1358 en la Ciudad de México, se reunieron los hermanos Jordi, Francisco y Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín, para fundar Ediciones ERA, acrónimo de los apellidos de los cinco

³² *Ibid.*, pp. 7-9.

socios.³³ El libro que lanzó dicho proyecto fue *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez, con un epílogo de Enrique González Pedrero, “La fisonomía de Cuba”.³⁴

El hecho de que Ediciones ERA eligiera publicar *La batalla de Cuba* en su lanzamiento enfatiza el tipo de reflexiones políticas que le interesaban. Dado el carácter reivindicativo del proceso cubano en el texto de Benítez, en esta publicación subyacía un cierto compromiso intelectual y editorial. Sin embargo, no hay que olvidar que apenas dos meses antes, en junio, el gobierno mexicano había recibido al presidente cubano Osvaldo Dorticós, en un acto oficial en el que Adolfo López Mateos celebró ampliamente la hermandad entre la Revolución Cubana y la Revolución Mexicana. Parecía un buen momento para estar del lado de los cubanos, pues la corrección política empataba de pronto con el compromiso intelectual “de izquierda”, lo cual no fue desaprovechado por los mexicanos al proyectar sus autoconcepciones como “intelectuales comprometidos” en busca de obtener capitales que les permitieran negociar prebendas incluso con el propio régimen, al menos de manera esporádica y pasajera durante estos momentos. Desde luego eso también generó suspicacias entre algunos sectores anti-comunistas para quienes López Mateos “más que un nacionalista, era un izquierdista peligroso por sus simpatías con Cuba”.³⁵

Entre los intelectuales mexicanos que supieron aprovechar bien este tipo de oportunidades estaba el mencionado autor de *La batalla de Cuba*. El periodista se ubicaba al centro de una amplia red de contactos intelectuales y políticos por ser el director de uno de los semanarios culturales más populares de aquella década, *México en la Cultura* del periódico *Novedades*. A pesar de que este personaje no se desenvolvía cotidianamente en la UNAM, llegó incluso a formar parte de la Junta Editorial de *Cuadernos Ameri-*

³³ Los cinco socios eran exiliados españoles que habían pertenecido a las Juventudes Socialistas Unificadas en España, fundadas en 1936 en contra del fascismo. Jordi Espresate estuvo a cargo de la editorial hasta que se fue a Cuba en 1962. A partir de entonces su hermana, Neus Espresate, tomó las riendas hasta 2009; véase José Carlos Reyes Pérez, “El sueño mayor de hacer libros”: ERA. *Cultura escrita en español y la difusión de las ciencias sociales a través de una editorial, 1960-1989*, México, CIDE, 2016, tesis de maestría en Historia Internacional, pp. 56-58.

³⁴ Fernando Benítez, *La batalla de Cuba*, México, ERA, 1960.

³⁵ Collado Herrera, coord., *Las derechas en el México contemporáneo* [n. 7], p. 25.

canos desde finales de 1961. Quizá fueron este tipo de posiciones las que le permitieron ser uno de los más de trescientos periodistas invitados por Fidel Castro a entrevistarse con él en La Habana, en el marco de la Operación Verdad en 1959. Fue en este contexto en el que Benítez comenzó su crónica de la Revolución Cubana, la cual quedó plasmada en *La batalla de Cuba*, que vino a inscribirse en la serie de memorias de viajes a la isla revolucionaria de intelectuales mexicanos, inaugurada por Jaime García Terrés con su “Diario de un escritor en La Habana”, que apareció en el número de marzo de 1959 de la *Revista de la Universidad de México*.³⁶ Si bien dicho trabajo tuvo como eje conductor la autorrepresentación como intelectual de García Terrés, Benítez no lo hizo tan explícito —aun cuando se trataba de la misma búsqueda de proyección que García Terrés— y dedicó de lleno su texto a la defensa de la Revolución Cubana, por demás elocuente desde el título elegido: *batalla* en contra de “la prensa del continente y sus poderosas agencias de noticias [...] empeñadas en oscurecer los hechos y el significado de una revolución heroica”.³⁷

La campaña mediática a la que se refería Benítez se conformaba a partir de las acusaciones anticomunistas que la prensa norteamericana, pero también la mexicana y, en general, las latinoamericanas hacían de la Revolución Cubana, por lo que era importante, una vez más, aproximar el tema a los lectores mexicanos: “¿Por qué sentaron a Cuba en el banquillo de los acusados? Los mexicanos podríamos decir mucho acerca de ello, porque también nuestro país ha ocupado durante largos años la desagradable situación del acusado. En el tiempo de la Revolución, la prensa extranjera prácticamente agotó su reserva de condenaciones”.³⁸ Así, defender al proceso en la Isla era casi una conmemoración de la propia Revolución Mexicana.

El texto de Benítez hacía constantes comparaciones entre lo que consideraba un prometedor futuro revolucionario y el pasado batistiano, al que llegó a caracterizar en los siguientes términos, sin duda hiperbólicos: “Yo he visto algunos campos de concentración de Hitler y creo que no son inferiores a las comisarías y a las cár-

³⁶ Véase Salazar Rebolledo, “La Habana del escritor: Jaime García Terrés” [n. 6].

³⁷ *Ibid.*, p. 11.

³⁸ *Ibid.*, pp. 11-12.

celes de Batista”.³⁹ Al enfatizar su condición de testigo observador de distintos rastros históricos buscaba dotar de legitimidad su comparación, en primer lugar, y de justificar, en parte, la manera letal en que el nuevo régimen cubano fusilaba a los ex colaboradores de Batista —comparado con Adolf Hitler por Benítez. Rafael Rojas ha calculado las ejecuciones por parte del gobierno revolucionario en la Isla en 553 en 1959 y más de 1 330 en 1960.⁴⁰ Tales cifras, sin duda, derivaron en una igualmente abundante cantidad de críticas, por lo que Benítez dedicó varios párrafos a justificar la letalidad del castrismo.

“¿Por qué reclamamos piedad para los asesinos cuando no la tuvimos de sus víctimas?”, preguntaba Benítez. Y como respuesta enlistaba una serie de manifestaciones públicas en las que reproducía el clamor popular de venganza: “las voces gritan: ¡Que los maten, que los maten!”. Este tipo de exclamaciones habían sido pronunciadas en un mitin convocado por Fidel Castro el 21 de enero de 1959 para tratar el tema de las ejecuciones a manera de “un gigantesco tribunal”,⁴¹ al que también estuvieron invitados los periodistas de la Operación Verdad.

Hablar en favor de los fusilamientos implicaba una argumentación por lo menos polémica. Sin embargo, en lo que sí hubo un cierto consenso a la hora de emprender las distintas defensas intelectuales de Cuba fue en confrontar al anticomunismo. Benítez citaba una pancarta en la misma manifestación del 21 de enero que decía: “CUBA LIBRE: NI COMUNISTA NI VENDIDA A LOS ESTADOS UNIDOS”. De tal manera introducía el antiimperialismo para responder a la denuncia estadounidense de la injerencia soviética. Y para apun-talarlo citaba al propio Castro en una conferencia de prensa al día siguiente del mitin: “Quiero aclarar aquí que yo no soy comunista, porque estoy seguro de que lo primero que van a querer decir después de esta campaña, es que nosotros somos comunistas. Nosotros antes que nada sentimos los intereses de nuestra patria y de nuestra América que es también una patria grande”.⁴²

³⁹ *Ibid.*, p. 16.

⁴⁰ Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana* [n. 1], p. 110.

⁴¹ Benítez, *La batalla de Cuba* [n. 34], p. 22.

⁴² *Ibid.*, p. 27.

Con la cita de Castro, Benítez introducía, además, dos elementos que serían muy útiles para las argumentaciones en defensa de Cuba una vez que el gobierno revolucionario se declaró formalmente socialista y desmentirlo en el papel ya no fue posible. El primer asunto era la defensa de los intereses cubanos, es decir, el nacionalismo como eje central de las políticas radicales y las confrontaciones contra el intervencionismo estadounidense. El segundo era el latinoamericanismo como consecuencia de un nacionalismo ampliado, que terminó por condensarse en frases como: “defender a Cuba es defender a América Latina” en nombre de la libre determinación de los pueblos a elegir su gobierno, independientemente de ya no poder desmentir la orientación comunista del gobierno cubano.

En la misma línea de defensa desde el no comunismo cubano, el antiimperialismo y el latinoamericanismo, *Cuadernos Americanos* incluyó una crónica de la visita a Cuba del argentino Alfredo Palacios⁴³ en el quinto número de 1960 (septiembre-octubre). Dicho texto fue enviado por Palacios a la revista, acompañado de una carta en la que ofrecía al director Jesús Silva Herzog el trabajo, con la condición de que “por tratarse de un ensayo en que defendiendo al movimiento revolucionario, no [aceptaría] remuneración alguna”.⁴⁴

Aceptar el ofrecimiento de Palacios también le permitió a Silva Herzog expresar su visión sobre la Revolución Cubana al responder: “yo estoy enteramente identificado con el movimiento revolucionario cubano. Me parece que es un suceso de enorme trascendencia para toda la América Latina”. Y enfatizaba sus impli-

⁴³ El argentino Alfredo Palacios nació en Buenos Aires en 1878. Fue recordado por ser el primer diputado socialista electo en todo el continente americano. Su actividad política y participación en movimientos sociales le llevaron a tener que exiliarse de Argentina en diversas ocasiones o a ser encarcelado, una de ellas durante el gobierno de Juan Domingo Perón en los años cincuenta. Publicó más de cincuenta textos de historia, sociología, derecho y política. “Fue profesor honorario de las universidades de San Marcos, Lima, Cusco, Arequipa, México y Río de Janeiro”, Gregorio Selsler, “Alfredo Palacios”, en Jesús Silva Herzog, *Biografía de amigos y conocidos*, México, Cuadernos Americanos, 1980, pp. 285-289, p. 289.

⁴⁴ En septiembre, Silva Herzog envió un cheque de noventa dólares a Palacios, como pago por su artículo. Este último lo regresó a vuelta de correo. Ese gesto reafirmaba el compromiso intelectual y los motivos militantes que habían llevado a Cuba a Palacios, invitado por Osvaldo Dorticós, carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 15 de junio de 1960, en *Jesús Silva Herzog: de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981, p. 259.

caciones latinoamericanistas: “Tal vez se esté jugando en la Isla el futuro inmediato de nuestros pueblos”. Remataba verbalizando su compromiso intelectual y el de su revista con los dirigentes de la Isla revolucionaria: “No es necesario decirle que *Cuadernos Americanos* ha estado desde un principio con Fidel Castro y los suyos”.⁴⁵ A propósito de la visita de Dorticós a México, Silva Herzog también le compartió a Palacios su denuncia sobre la exacerbación del discurso anticomunista asociado al imperialismo estadounidense: “los lacayos de los Estados Unidos y los derechistas de toda laya están disgustadísimos, hablando de la infiltración comunista”.⁴⁶

Alfredo Palacios tituló a la crónica de su visita a Cuba: “Una revolución auténtica en nuestra América”. Establecía una diferencia con los golpes de Estado a los que algunos críticos intentaban equiparar la Revolución Cubana, y además retomaba de José Martí el término *nuestra América* para referirse a todo el continente. El texto estaba centrado en la defensa del proceso revolucionario frente al anticomunismo, por lo que hacía referencia a personajes históricos, como en este caso: “Martí, siempre Martí, fue el inspirador de esta revolución que no se somete a ningún sistema y a ninguna doctrina y que sólo proclama el humanismo del mártir libertador”.⁴⁷

La narración de lo que Palacios había visto y conocido en Cuba estaba bajo el rasero del proclamado compromiso con la verdad y en contra de la difamación y la mentira de las campañas antiCuba: “he ido a Cuba para ver y relatar después objetivamente lo que he visto”.⁴⁸ Sus observaciones sobre la Reforma Agraria, la alfabetización y el no comunismo de la Isla llegaban más o menos a las mismas conclusiones: “se trata de una revolución humanista, sin ideologías extrañas, única revolución profunda que puede realizarse en nuestra América porque se fundamenta en postulados éticos”.⁴⁹ Además de sus propias observaciones, se apuntalaba con citas de otros personajes, conocidos por su moderación política, como José Miró Cardona —si bien para este momento ya había

⁴⁵ Carta de Jesús Silva Herzog a Alfredo Palacios, 21 de junio de 1960, en *ibid.*, 1981, p. 260.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Alfredo Palacios, “Una revolución auténtica en nuestra América”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 5 (septiembre-octubre de 1960), pp. 7-52, p. 17.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*, p. 31.

sido depuesto y sustituido por el propio Fidel Castro como primer ministro: “Miró Cardona sobre Fidel Castro: ‘Es un defensor de la doctrina de José Martí, doctrina de la democracia, del amor al hombre y del nacionalismo cubano. Por eso Castro nunca se convertirá en dictador’”.⁵⁰

La insistencia en el nacionalismo martiano de la Revolución Cubana llevaba a Palacios a clarificar el anticomunismo estadounidense como resultado de una política de castigo por las reformas radicales del gobierno cubano: “Ahora se alarma EUA porque hay una revolución que afecta intereses norteamericanos, pero no advierte que esos intereses son los que han impedido el desarrollo de la potencialidad de Cuba”.⁵¹ Dicho esto dotaba de sentido una preocupación que el argentino manifestaba en su texto matizada por lo que percibía como una fuerte convicción popular con la revolución: “¿Se está preparando ahora la intervención a Cuba? Cuba está de pie. Los niños, las mujeres y los hombres defenderán la patria. Su lema es Patria o Muerte. Antes fue Patria y Libertad”.⁵²

La Revolución Cubana logró construir en torno suyo un blindaje “ético” —para retomar las palabras de Palacios— en algunos sectores del mundo intelectual latinoamericano. Sin duda, los viajes promovidos por la propia Isla invitando a conocer el proceso de primera mano fueron una exitosa estrategia, que agregó algunos otros elementos conforme avanzó la década. Con los años, ya no se trató únicamente de visitar Cuba para contar “lo visto” y “lo escuchado”, sino para participar directamente en los procesos de transformación (por ejemplo, mediante la alfabetización), los concursos literarios, las reuniones musicales, los congresos internacionales y una gran diversidad de actividades que congregaron a todo tipo de personas y fomentaron la construcción de “legitimidad” como principal defensa frente a los ataques externos.

Sin embargo, el incremento en las tensiones entre el gobierno revolucionario cubano y el gobierno de Estados Unidos se percibía cada vez más amenazador entre los intelectuales de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*. Tanto en el plano que directamente les afectaba con la paranoia anticomunista

⁵⁰ *Ibid.*, p. 41.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, p. 28.

que García Terrés elocuentemente describía, como con la proximidad de una posible intervención estadounidense en tierra cubana. Estos asuntos fueron quizá también los que los llevaron a establecer contacto e intercambios en torno de este tema con algunos intelectuales estadounidenses. Las discusiones que tuvieron parecían premonitorias en algunos casos y en otros eran expresión de una mezcla de cinismo e inocencia con respecto a la invasión que el gobierno norteamericano ya preparaba para el año siguiente.

5. *Diálogos latinoamericano-estadounidenses en torno al intervencionismo*

EN la última carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, fechada en noviembre de 1960, le transmitía su convicción de que un ataque militar de Estados Unidos a Cuba no era algo que temer. Para el argentino lo más importante era continuar la defensa del proceso revolucionario cubano, como guía vanguardista latinoamericana: “el pesimismo es una enfermedad contagiosa. No habrá intervención armada. La declaración de Costa Rica [OEA] demuestra el temor que tienen los gobiernos de nuestra América, en presencia de la unanimidad de los pueblos. Sigamos defendiendo a Cuba, que nos da el ejemplo de coraje y dignidad”.⁵³ El optimismo mezclado con la precaución de Palacios era compartido por algunos intelectuales estadounidenses al referirse a los planes intervencionistas de Estados Unidos en Cuba.

En esta última sección haré un breve recuento de las reflexiones críticas y diálogos que algunos intelectuales estadounidenses mantuvieron en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* sobre el papel que consideraban debía tener tanto el mundo intelectual norteamericano como el propio gobierno estadounidense frente al proceso de radicalización en Cuba. La mayor parte de ellos sugería actuar con cautela, pero algunos también dejaban asomar cierto tipo de entusiasmo por lo que dichas medidas podían significar para el resto del continente.

⁵³ Carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 30 de agosto de 1960, en *Jesús Silva Herzog: de su archivo epistolar* [n. 44], p. 261.

Uno de los entusiastas fue Frank Tannenbaum, quien era conocido en la historiografía por ser “el primer intérprete extranjero de la Revolución de 1910” con sus trabajos *The Mexican agrarian revolution* (1929), *Peace by revolution* (1933) y *Mexico: the struggle for peace and bread* (1950).⁵⁴ El texto de Tannenbaum apareció en *Cuadernos Americanos* en el número de marzo-abril de 1960 bajo el título de “La política en América Latina”. Este ensayo criticaba el “caudillismo” de Fidel Castro: “puede renunciar a su cargo de primer ministro, pero no a su autoridad personal. El caudillo gobierna por su mera presencia”.⁵⁵

La relación de Estados Unidos con América Latina, a propósito del intervencionismo, era puesta en perspectiva por Tannenbaum a partir del creciente nacionalismo, sobre todo en su vertiente anti-imperialista: “existe otra dificultad, y es que el nacionalismo ha tomado un sesgo antiextranjero y se ha convertido en consigna de los demagogos y de los políticos ambiciosos”.⁵⁶ En el fondo, el texto de Tannenbaum era una crítica a la Revolución Cubana, y si bien no afirmaba categóricamente la necesidad de una intervención, sí hallaba señales de alerta en el tono nacionalista-latinoamericanista del creciente “caudillismo” de Castro. Esta perspectiva dio pauta para que Estados Unidos y ciertas miradas académicas a lo largo de la segunda mitad del siglo xx justificaran, de una u otra manera, el intervencionismo estadounidense en Cuba como un mal menor frente al que consideraron el mayor de todos: el comunismo, en este caso en forma de pregón “caudillista” y “nacionalista”.

En el extremo contrario a la precaución de Tannenbaum se encontraba Charles Wright Mills. En la entrevista que para *Cuadernos Americanos* le hicieron al sociólogo estadounidense los intelectuales Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Jaime García

⁵⁴ Tannenbaum había sido un militante anarquista en su juventud. Más adelante, aunque no dejó de lado su militancia política, se enfocó en su carrera académica y llegó a fundar una gran cantidad de instituciones y espacios académicos, como los Seminarios de la Universidad de Columbia en Nueva York, donde también fue profesor de Historia Latinoamericana durante casi treinta años, Charles A. Hale, “Frank Tannenbaum y la Revolución Mexicana”, *Secuencia* (Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora), núm. 39 (septiembre-diciembre de 1997), pp. 127-166, pp. 127-128.

⁵⁵ Frank Tannenbaum, “La política en América Latina”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, núm. 2 (marzo-abril de 1960), pp. 91-117, p. 92.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 103.

Terrés y Enrique González Pedrero se trataron principalmente tres temas: “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría”.⁵⁷

El diálogo de Mills con los escritores mexicanos comenzó por abordar el problema del intelectual y su compromiso, aún no sobre la Revolución Cubana, sino el papel en general de este tipo de personajes en el mundo. Mills hacía una diferenciación del ser intelectual en dos tipos: aquel que se desenvolvía en sociedades desarrolladas, como la estadounidense, y quien lo hacía en las subdesarrolladas, como las latinoamericanas. Mills consideraba que los primeros resultaban irrelevantes, “debido al ascendiente total de una ética comercial en las capas medias de la producción cultural”, es decir un criterio meramente acomodaticio y mercantil de la producción intelectual: “los intelectuales se colocan en la extrema izquierda revolucionaria precisamente cuando confluyen las siguientes circunstancias: subdesarrollo económico, pobreza abismal y gobierno autocrático”, es decir como sucede en los países subdesarrollados.⁵⁸ Tanta era la idealización de la figura de los intelectuales por parte de Mills que les asignaba una tremenda responsabilidad en el Tercer Mundo: “El único factor de transformación que veo en estos países es, en sentido amplio, la clase intelectual. Por lo tanto, si las revoluciones no tienen lugar, la culpa es del intelectual”, aunque remataba añadiendo un obstáculo más: “el tremendo poder económico desplegado por los Estados Unidos”.⁵⁹

Tras hacer la radiografía puntual de sus expectativas sobre el intelectual tercermundista, Mills pasaba a ocuparse de las limitaciones impuestas al país latinoamericano más próximo a cumplir dichas elucubraciones utópicas de liberación: Cuba. Desde luego, el principal obstáculo era el intervencionismo estadounidense. Para el sociólogo esto no era demasiado grave, pues consideraba que la cautela de Estados Unidos no le permitiría volver a hacer incursiones militares como lo había hecho en Nicaragua a principios

⁵⁷ Una breve reseña sobre este coloquio también fue publicada en la columna “Simpatías y diferencias” por José Emilio Pacheco, “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría”, *Revista de la Universidad de México*, vol. xiv, núm. 9 (mayo de 1960), p. 32.

⁵⁸ C. Wright Mills, Enrique González Pedrero, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés y Víctor Flores Olea, “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría: un coloquio sobre tres cuestiones fundamentales”, *Cuadernos Americanos*, año xix, núm. 3 (mayo-junio de 1960), pp. 53-69, pp. 63-64.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 65-68.

del siglo xx o en Guatemala apenas un lustro antes, en 1954. Con un tono entre lúgubre y optimista, Mills decía:

Una vez que una revolución ha triunfado y comienza a ejecutar actos revolucionarios, la acción de los Estados Unidos sólo puede ser económica o militar, no política. Se ha ido más allá de la política. En Cuba, desde luego, ha habido muchos pretextos, y habrá más para la intervención norteamericana. Pero no ha habido intervención y no creo que la habrá.⁶⁰

Al año siguiente, el desembarco en Playa Girón se encargaría de desmentirlo.

En el mismo tono de Mills, sobre la relación entre los intelectuales de distintas sociedades del mundo con la Revolución Cubana, el profesor de la Universidad de Harvard Robert Paul Wolff escribió un texto para la revista francesa *Les Cahiers de la République* (julio-agosto de 1960), que fue traducido y reproducido por la *Revista de la Universidad de México* en su número de agosto de 1960. En este breve ensayo, el filósofo hacía un repaso sobre el tránsito de los medios e intelectuales en Estados Unidos, “decididamente favorables a Castro en un principio, ahora están reticentes, si es que no hostiles”.⁶¹ La visión estadounidense apuntaba a que “el régimen revolucionario de Fidel Castro no corresponde en absoluto al tipo de democracia constitucional que los liberales podían apoyar sin reservas” y Wolff enfatizaba las amenazas que ya comenzaban a ser de intervención violenta, lanzadas desde la prensa de aquel país. El profesor de Harvard vaticinaba que las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba terminarían siendo definidas por la proximidad de la segunda con la Unión Soviética. Paradójicamente, sería el propio gobierno norteamericano en 1961 el que se encargaría de precipitar dicha cercanía como consecuencia de sus acciones.

Entre los motivos que Wolff ubicaba para explicar el desplazamiento de la simpatía hacia la reserva y la hostilidad al castrismo estaban las ejecuciones a las que me he referido antes. Sin embargo, el filósofo lo contrastaba con otras acciones como la Reforma Agraria y el Instituto Nacional de Reforma Agraria y reprochaba a las izquierdas “liberales” estadounidenses lo siguiente: “hubiera

⁶⁰ *Ibid.*, p. 68.

⁶¹ Robert Paul Wolff, “Los liberales y Cuba”, *Revista de la Universidad de México*, vol. xiv, núm. 12 (agosto de 1960), pp. 20-22, p. 20.

podido esperarse que los liberales apoyasen, en Cuba, un programa y reformas por los cuales lucharan con tanto éxito en EEUU. Sin embargo, negaron ese apoyo”.⁶²

El distanciamiento de los liberales estadounidenses, Wolff lo atribuía a “una falsa interpretación de la Revolución Cubana” desprendida también de una mala comprensión de “las estructuras económicas y sociales como subordinadas a las leyes y a la política”, lo cual llevaba a dar demasiada importancia a asuntos “accesorios de la democracia” como la libertad de prensa, las elecciones y el respeto a la ley. Wolff concluía que este proceso de distanciamiento liberal expresaba nada menos que “una profunda incapacidad de comprensión del mundo contemporáneo. Nuestra época es una época revolucionaria”.⁶³

El argumento de la incompreensión del mundo contemporáneo por parte de los intelectuales estadounidenses se volvió recurrente sobre todo a partir de la fallida invasión a Playa Girón en abril de 1961, financiada por Estados Unidos, con la intención de derrocar al régimen revolucionario cubano. A diferencia de los liberales a los que Wolff se refería en su artículo, la mayor parte de los intelectuales vinculados con *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* tardaron un poco más en distanciarse de las simpatías por Cuba. De hecho, a partir de la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana —como consecuencia de la intervención militar estadounidense—, los mexicanos comenzaron a rearticular los motivos por los cuales era necesaria su defensa. Algunos, como el latinoamericanismo, cobraron una renovada importancia, y desde luego, el anticomunismo comenzó una ofensiva aún más agresiva, así que fue necesario también reorganizar los discursos intelectuales para poder confrontarla.

⁶² *Ibid.*, p. 22.

⁶³ *Ibid.*

RESUMEN

El cincuenta aniversario de la Revolución Mexicana coincidió con el avance de las medidas revolucionarias en Cuba en 1960. El contraste entre el desgaste de la primera y el protagonismo de la segunda se hizo patente en las discusiones en el seno de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). A través del análisis de algunas discusiones publicadas en *Cuadernos Americanos* y en la *Revista de la Universidad de México* se muestra que en aquel año fue necesario reorientar la defensa intelectual de la Revolución Cubana. Dichas revistas usaron las ideas de soberanía, nacionalismo y latinoamericanismo y explicaban la radicalización de la Revolución Cubana a la luz de los pronósticos sobre una próxima intervención armada estadounidense en la Isla.

Palabras clave: radicalización comunista en Cuba, anticomunismo mexicano, latinoamericanismo/imperialismo, compromiso intelectual.

ABSTRACT

The 50th anniversary of the Mexican Revolution cooccurred with the development of revolutionary measures in Cuba, in 1960. The disparity between the downgrade of the former and the relevance of the latter became evident in intellectual discussions that were then taking place at the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). By analyzing some of the debates published by *Cuadernos Americanos* and *Revista de la Universidad de México*, the author shows how a change in the course of the intellectual defense of Cuban Revolution became essential that year. The publications relied on the concepts of sovereignty, nationalism, and Latin Americanism and explained Cuban Revolution's radicalization in light of predictions of an approaching US armed intervention to the island.

Keywords: communist radicalization in Cuba, Mexican anticommunism, Latin Americanism/imperialism, intellectual commitment.